

22. Las Glorias de la Nueva Jerusalén

«¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? ¡Declara si tienes entendimiento! ¿Quién le trazó las medidas, si lo sabes? ¿O quién tendió sobre ella la cuerda de medir? ¿Sobre qué se afirmaron sus cimientos? ¿O quién puso su piedra angular, mientras las estrellas matutinas se regocijaban a una, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría? ¿O quién encerró el mar con puertas cuando brotaba como si saliera del vientre? Cuando puse las nubes por su vestidura y la densa oscuridad por su pañal? Cuando mi decreto rompió el silencio sobre él, cuando establecí sus barras y sus puertas; cuando dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás de aquí, y aquí fijaré el límite de tu orgullosa ola?» (Job 38:4-12).

Traducción de Spurrell de Job 38:4-12.

En el principio, cuando todas las cosas en el universo obedecían perfectamente la ley divina; cuando los mundos realizaban sus revoluciones por todo el espacio en perfecta armonía, y en el universo de Dios no había una nota de discordia, entonces Él habló, y nuestro mundo entró en existencia; Él mandó y se irguió, y un grito resonó de los hijos de Dios; porque vieron otra obra de sus manos. El hombre en él estaba tan verdaderamente en armonía con la ley de Dios como la naturaleza misma; y Dios pronunció todas las cosas *muy buenas*. En inocencia, el hombre fue colocado aquí en un hogar preparado por Dios, y solo había una cosa que debía lograr: la fuerza de carácter, que uniría la humanidad y la divinidad en una sola. Con la caída del hombre, una nube se posó sobre la faz de toda la tierra: la primera gloria fue velada, y el mundo mismo, en el tiempo del diluvio, fue desviado de su curso. En la creación, las aguas llenaban la tierra y no había lluvias; pero el suelo era regado desde abajo, por una niebla que ascendía. En el diluvio, las fuentes del gran abismo se abrieron, y las aguas brotaron en grandes torrentes. Desde ese momento, una gran porción de la superficie de nuestro mundo ha sido cubierta por vastos mares. Esto no fue así en el principio. Cuando el pecado llenó la tierra, Dios destruyó Sodoma y Gomorra con fuego del cielo. Esas dos ciudades en la llanura del Jordán fueron destruidas como una

lección objetiva de la destrucción de la tierra; y desde ese tiempo, ha habido fuego dentro de la tierra, —los elementos de su propia destrucción, reprimidos, esperando la orden de Jehová para realizar su obra asignada—. Al final de los mil años, el fuego destruirá la tierra junto con los impíos. «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.» (Apocalipsis 21:1). A través de los cielos abiertos, Cristo y los santos contemplaron «la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.» (Apocalipsis 21:2). Jerusalén es un nombre entrelazado con toda la historia del pueblo escogido desde los días del establecimiento de la nación en la tierra de Palestina. El nombre significa «posesión de paz»; y cuando los paganos fueron expulsados de sus fortalezas, y se convirtió en la capital de la nación judía, se dio la promesa de que, si Israel se adhería a los mandamientos de Dios, Jerusalén se convertiría en una ciudad eterna. Pero las condiciones fueron desatendidas, y esa ciudad, que en los días de Salomón fue elevada a la más alta cima de la fama como capital del mundo, ha sido degradada, profanada y quemada, hasta que hoy el mismo suelo a su alrededor parece incapaz de sustentar vida; y la ciudad misma está en manos de los mahometanos, el humo del abismo. Aquí el Príncipe del cielo fue crucificado; aquí, en el lugar de la cruz, Él finalmente erigirá su trono.

Si el plan de Dios hubiera sido seguido, el Jardín del Edén se habría convertido en el centro de la ciudad de Dios. Ese plan fracasó; y los judíos tuvieron el privilegio de hacer de su ciudad la casa de Jehová. Fracasaron, y Cristo ascendió al cielo, allí, para preparar una ciudad, la Nueva Jerusalén, como capital del reino universal. La Nueva Jerusalén estará ubicada en el lugar preciso donde una vez estuvo la ciudad. El Monte de los Olivos se partirá, una mitad moviéndose hacia el norte y otra mitad hacia el sur; y en la gran llanura entre los picos, descansará la capital de la nueva tierra. La misión de Cristo a la tierra fue salvar lo que se había perdido. El pecado despojó al hombre de las bellezas del Edén; el pecado frustró los planes para los judíos; y lo que el hombre podría haber hecho, pero no hizo por causa del mal, Cristo lo hace a través del poder de

su amor. A pesar del retraso causado por el pecado, el triunfo final será mayor de lo que podría haber sido si el pecado nunca hubiera entrado en el mundo. Tal es la infinita profundidad del amor redentor.

La historia de Jerusalén es la historia de la salvación; y por toda la eternidad, ese glorioso hogar de los salvos, contará a cada santo que entre allí, y proclamará a todo el universo, la cruz de Cristo y la vida a través de Él. Cuando la ciudad descienda como una novia ataviada para su marido, los redimidos la recibirán con gritos de triunfo, y Cristo la recibirá como el trofeo de sus luchas. Cristo y sus seguidores entrarán en la ciudad, y allí se preparará para ellos el banquete de bodas del Cordero. Desde el cielo la voz de Jehová proclama: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos.» (Apocalipsis 21:3). En Cristo, el Dios-hombre, Jehová tabernaculizó. Su nombre fue Emmanuel, que significa «Dios con nosotros». En forma humana, la divinidad fue velada por la misma nube que el pecado proyectó sobre la faz del Edén; pero en la Nueva Jerusalén, la gente se encontrará con Dios cara a cara, sin velo divisorio. Desde la posición más exaltada en el reino de Dios hasta la destrucción total; esta es la historia que el pecado ha escrito: de la muerte a la vida inmortal; de la degradación a la capital del universo; esta es la historia de la redención.

¡Qué maravilla que aquellos que han pasado por estas experiencias canten: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.» (Apocalipsis 15:3). «¡Aleluya!, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!» (Apocalipsis 19:6). Ya no hay causa para el dolor y el llanto; porque las cosas anteriores han pasado. Las lágrimas llegaron cuando el pecado entró en el dominio de Dios. No había lágrimas antes de eso; y cuando las huellas del pecado se hayan ido, las lágrimas habrán desaparecido para siempre. «Gocémonos y alegrémonos y demosle gloria» (Apocalipsis 19:7).

Las palabras no pueden expresar la plenitud y la belleza de la ley de compensación que se revela en toda la historia de la salvación. Esto será

parcialmente comprendido por aquellos que se reúnan en la ciudad y contemplen todas las cosas *hechas nuevas*; aquellos que vean a Cristo como el Alfa, —Aquel que primero creó; el Génesis, en el que estaba oculta la plenitud del amor de Dios; y el Omega, la consumación final, que, elevándose por encima de la caída y habiendo desterrado todo rastro de pecado, se sienta como Rey de reyes, rodeado de súbditos que son más capaces de apreciar la naturaleza espiritual de Jehová y su reino de lo que habrían sido si el pecado nunca hubiera entrado—. Este es el amor infinito, el carácter de nuestro Dios y su Cristo. Y, sobre todo, como la manifestación más suprema de ese amor, está la promesa de que el que venza por medio de Cristo, heredará todas estas cosas. La nueva tierra no se otorga como regalos de caridad, repartidos a los pobres de la tierra; no se compra, sino que los hombres nacen en la familia de Dios, y como coherederos con Jesucristo, reciben la nueva tierra como una herencia. Cristo habló a Nicodemo del nuevo nacimiento espiritual que trae la herencia. El alma que tiene hambre y sed en esta vida abre las fuentes del cielo, y Cristo mismo da a los que tienen sed del agua de la vida gratuitamente.

Cada pozo de agua ha sido una señal de esta promesa que se cumplirá en la nueva tierra. Las fuentes vivas allí contendrán el agua de vida que dará vida eterna y sabiduría ilimitada. Arroyos que fluyen de esa fuente eterna traen vida a la tierra hoy, y aquellos que beben ahora, tienen una promesa de que beberán en el reino de Dios. Este es el vino de la uva viva, tipificado por la copa dada en la mesa de la Pascua en esa última noche de la vida del Salvador, cuando dijo: «Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.» (Mateo 26:29). Este vino nuevo será dado a los invitados a la cena de las bodas del Cordero.

«No se turbe vuestro corazón», dijo el Salvador, y Juan fue uno de los a quienes Él habló: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:1-3). Después de una vida en la tierra

con el Salvador, y después de que se le mostraran las tristezas por las que el hombre debe pasar antes del fin, Juan estaba preparado para apreciar la ciudad que Cristo había ido a preparar. Uno de los siete ángeles que lleva las copas de la ira de Dios, reveló al profeta las bellezas de la Nueva Jerusalén.

La ciudad yace cuadrangular, perfecta en sus dimensiones, midiendo trescientas setenta y cinco millas por cada lado, con una muralla de piedras preciosas. Esta muralla mide en altura, ciento cuarenta y cuatro codos, o entre doscientos dieciséis y doscientos sesenta y seis pies. La ciudad en todos sus detalles representa la salvación; también la gente dentro de sus muros de jaspe representa la salvación de Dios. En la creación, el oro, la plata y las piedras preciosas yacían sobre la faz de la tierra. Los hombres los usaron para propósitos egoístas; y por esta razón, en el tiempo del diluvio, fueron enterrados bajo la superficie, y son sacados a la luz solo como resultado de un arduo trabajo. En la Nueva Jerusalén, serán dispuestos de tal manera que cuenten la historia de la infinita sabiduría y amor.

Algunos han dado la siguiente interpretación imaginativa a los diversos colores de las piedras: «En la base está el jaspe carmesí, típico del sufrimiento y la muerte del Salvador inmolado desde la fundación del mundo. Encima de esto, se coloca el zafiro, como una llama azul de verdad. En el puro calcedonia blanca se refleja la pureza de la vida de Cristo. El verde esmeralda, como el arco iris alrededor del trono, ofrece esperanza a quienes descansan en los demás. El sardónice refleja muchos colores, pero encima de él, está el sardio rojo intenso, cubierto por el crisólito. Este está superpuesto por el hermoso berilo azul, cuya luz se mezcla con el topacio resplandeciente para contar la historia de gozo y paz en el Señor. El undécimo es el púrpura de la realeza, coronado con la pureza de la amatista.» La fundación, compuesta enteramente de piedras preciosas, es indescriptiblemente hermosa; pero además de esto, está ornamentada, o adornada, con todo tipo de piedras preciosas.

Las piedras tienen voces, aunque hablan en tonos rara vez escuchados por los hombres. Cristo dijo a sus discípulos que si los hombres callaran, las *piedras*

mismas clamarían. La historia que cuentan es la vieja, vieja historia; y mientras forman los muros de la Nueva Jerusalén, y la gloria de Cristo y del Padre brilla sobre ellas, no se encontrarán con la vista con una superficie opaca y sin brillo, sino con una gloria conocida solo en la pureza de un mundo espiritual. La naturaleza inanimada participó de la maldición del pecado; pero el fundamento de la ciudad de nuestro Dios, como todas las cosas en la tierra *hecha nueva*, brillará en su esplendor original. Sobre estos doce fundamentos están escritos los nombres de los doce apóstoles, los pilares de la iglesia cristiana. El profeta en Patmos había sido condenado, su nombre registrado en los libros de Roma como criminal y exiliado; ¡qué alegría, entonces, debió haberle llegado cuando vio en el cielo su nombre grabado en uno de los fundamentos de la ciudad! Aquí está la diferencia entre el juicio humano y el divino.

Las calles de la ciudad son de oro puro, —tan puro que son transparentes como cristal—. La luz del semblante de Cristo cae sobre los colores bellamente mezclados del muro, y luego se refleja una y otra vez en las calles pulidas. Los hombres han prodigado riquezas en edificios, pero ningún edificio terrenal igualó jamás las bellezas de esta ciudad capital. En esta muralla hay doce puertas; en número igual a las doce tribus de los hijos de Israel, —los doce patriarcas, cuyos nombres aparecen grabados en caracteres vivientes sobre ellas—. Cada puerta es una sola perla. La perla, tal como la conocemos, se forma por el fluido vital de la ostra que cubre una sustancia extraña. Las perlas del cielo representan la abundante justicia de Cristo suscitada por el pecado; pero que, fluyendo plena y libremente, cubre cada imperfección en el carácter al que se aplica.

Cuando los redimidos entran en la ciudad, se disponen según las tribus de división. Los doce, tomados en conjunto, reflejan la plenitud de Cristo. El carácter retratado en las bendiciones pronunciadas sobre los hijos de Jacob revela las muchas facetas de la vida del Hijo de Dios, manifestadas en la redención.

En la ciudad, los santos se encuentran con Jehová cara a cara. Incluso Dios veló su gloria durante el reinado del pecado; y no es sino hasta que la obra de

Cristo está completamente terminada, y Él deja el templo en el cielo en preparación para venir a la tierra, que estalla la gloria inmaculada del Padre. Esto fue tipificado en el servicio del santuario, por el velo que protegía la Shekinah de la mirada del pueblo, y por la nube de incienso, que subía ante el sacerdote cuando ministraba en el aposento interior en el día de la expiación. Si hubiera sido de otra manera, la gloria consumidora habría aniquilado a todos. En la Nueva Jerusalén, no hay velo, no hay templo; sino que Dios y Cristo son su luz. El velo de la gloria de Jehová también es tipificado por el sol y la luna en nuestros propios cielos. La luz de estos cuerpos parece intensa a los ojos mortales; pero en la nueva tierra, el sol brillará con una luz siete veces más brillante que hoy y la luna será como nuestro sol. Aun así, su luz está oculta por la gloria de los rayos celestiales. Día y noche, esa luz de vida brilla por toda la eternidad. Esta luz causa vida espiritual, así como nuestro sol hace que la tierra produzca y brote.

La gloria no está totalmente confinada a la ciudad; porque la tierra misma es el Edén restaurado. Los redimidos tienen casas fuera de la ciudad. La tierra produce en abundancia, y el trabajo es un placer. Así como fue el plan de Dios poblar la tierra, y que todas las naciones vinieran al Jardín del Edén, así en la nueva tierra las naciones, o tribus, bajo sus reyes, traerán su gloria y honor a Jerusalén, viniendo allí para encontrarse con Dios.

Cristo se manifestó para destruir las obras del diablo. Dios colocó al hombre en una tierra perfecta, y le mandó que la sojuzgara; en otras palabras, que hiciera toda la tierra como el Edén; pero Satanás frustró el plan, y durante seis mil años ha reinado en la tierra. Cuando la tierra sea restaurada, no será como en el principio, sino *mucho más hermosa*. Será como habría sido en el mismo período de tiempo si el pecado nunca hubiera entrado. Todas las obras del diablo serán destruidas. La obra que el hombre habría hecho, si el pecado no hubiera entrado, Cristo la hará. En lugar de que su hogar sea simplemente un jardín, habrá la hermosa ciudad que encierra el jardín.